

FRAY CAPITÁN

Cuentan que Julián era el hijo de don Julián, hombre probo y de gran corazón. Joven que había heredado de su padre una parcela en la que compartía con Raquel las mieses del más puro amor.

Una noche oscura como ninguna un grupo de facinerosos irrumpió en el pequeño terruño en el que en su bohío dormitaban Julián y Raquel tras una extenuante jornada; los malhechores hicieron víctima con extrema sevicia a la romántica pareja, a las dos vaquitas, a la mula, a las aves de corral, al igual que a "guardián", el perro de Julián. La escena no podía ser más cruel.

En un rincón de la alcoba, en su cunita reposaba Juliancito, ajeno a la tragedia sufrida por sus progenitores; un gatico zalamero le hacía compañía.

De madrugada como le era habitual en su tarea apostólica, se acercó al rancho fray Bartolomeo, misionero franciscano y cuál no sería su asombro al observar aquel drama que jamás esperaba ver; tomó en sus brazos al infante llevándolo al monasterio para entregarlo al cuidado de los piadosos moradores de la casa de Dios.

Con el auxilio de algunos feligreses brindó cristiana sepultura a sus amados hijos, Julián y Raquel.

¿A que obedeció este horrendo crimen? Estos sujetos habían perdido un litigio con el padre de Julián, jurando recuperar el predio a cualquier precio.

Por su parte fray Bartolomeo y sus compañeros solícitos atendían al niño que crecía en edad y virtud y a quien la vida monacal le había impreso templado carácter, el hábito de San Francisco dibujaba su figura airosa y esbelta.

Los pasos de fray Bartolomeo se tornaron lerdos tanto como sus cansados ojos hasta cuando un día atendió presto el llamado del Señor del alto cielo a quien el devoto seminarista lloró y lloró su sentida ausencia a quien consideraba su padre putativo.

En edad mayor, Julián sintió en si una extraña fuerza cuando una mañana de mayo, por cierto, su mirada se tropezó de frente con una linda muñeca de 15 abriles, de mirar de cielo y estampa angelical.

Las prendas de fraile menor, señal de obediencia, pobreza y castidad, quedaron abandonadas, entre tanto su dueño se lanzaba a la aventura de enfrentarse a un mundo nuevo con la esperanza de hallar en ella la razón de su vida.

Pasaron los años y la felicidad esquiva huyó de él, pues la bella Teresa, víctima de fiebre murió una tarde plomiza de invierno mientras Julián cursaba estudios de oficial de Policía, pleno de férvidas ilusiones.

Julián egresado del centro de adiestramiento policial es destinado a prestar sus servicios en zonas denominadas "rojas", o de orden público alterado en las que la violencia, el peligro y la muerte campean; su intrepidez y valor en el frente no tuvieron límites, edificante ejemplo para aquellos que lo seguían ciegamente hasta cosechar reconocimientos de la más alta significación.

Un día del calendario, cúpole en suerte a Julián enfrentar a los asesinos de sus padres de quienes dio cuenta en franca lid, liberando a la comarca de estos indeseables malandrines requeridos por la justicia.

Alevosa bala le dejó visible huella que le impedía movilizarse con facilidad, ante lo cual la superioridad estimó su retiro de las filas activas, no sin antes ser ascendido como testimonio especial a sus lustrosos méritos al grado de capitán.

Julián esta vez fue en busca de nuevos horizontes encontrando un motivo para ser feliz, el sagrado llamado que le allanaría el camino para abrazar en estrecho vínculo la divina causa del Señor.

Atrás quedaban sus marciales arreos de héroe para portar la cruz y el traje del penitente.

Convencido de abanderar la obra de su viejo maestro, dedicó sus fuerzas al cumplimiento de esta.

Desde entonces se vio a un ya encanecido fraile pasar taciturno, bastón de peregrino en mano, a quien algunos saludan: *Adiós señor capitán* y otros más bien prefieren decirle: *Vaya usted con Dios "fray capitán"*.



MAYOR
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Bogotá, marzo de 1.989